

desde la portada de la obra que comenta (Hartzenbusch, *Observaciones sobre un comentario del Quijote*).

¡CARAY!—Tiene razón el autor de *Neologismos y americanismos* cuando, repitiendo la afirmación de don Zorobabel Rodríguez, habla de lo generalizado del uso de esta interjección, que se encuentra siempre en América, aun cuando se la ponga en el índice del expurgatorio.

II Don Juan Manuel se dijo: ¡Caray! (Lucio V. Mansilla *Entre-Nos*).

¡Qué caray! no hay nada como las muchachas de tierrita. (J. Isaacs, *María*).

En cuanto a su etimología, podría decir lo que a otro propósito Campoamor en una de sus doctores:

No es menester saber para esto, arguyo,
Ni el griego ni el latín.

CARLOS MARTÍNEZ VIGIL.

(Continuará.)

Sobre un libro de versos

De carta dirigida por uno de los redactores de esta publicación al distinguido poeta argentino Francisco Soto y Calvo, agradeciendo el obsequio de un ejemplar de sus *Poesías*, tomamos los párrafos siguientes, en los que se expone un juicio de la obra.

Dos caracteres, dos manifestaciones muy diversas de poesía, alternan en las páginas del libro que motiva esta carta: la poesía que es sentimiento, la poesía que es color.

Plácete a su numen, en las horas serenas, detenerse en la consideración de las exterioridades brillantes y graciosas; de las escenas amables de la vida, de los aspectos del mundo material sencillos y risueños.

Como pintor del paisaje, como poeta de la descripción, caracteriza a V. una nota de franco y vigoroso realismo.

No busca V., en la infinita variedad de la Naturaleza, los cuadros excepcionalmente bellos, ó excepcionalmente grandes, para pedir ilusoriamente de prestado a la magnificencia de los temas lo que de sí debe dar la inspiración; ni espera V., para captar aquellos instantes en que a la contemplación de las realidades externas se asocia la efusión del sentimiento íntimo que desaja en ellas un reflejo de su luz ó un toque de sus sombras, haciendo de la misma naturaleza confidente del alma que se acoje a su seno.

Ha sido concedido a su numen el dón de la objetividad descriptiva, de la visión desinteresada y directa de las cosas, que para muchos importa sólo una desviación de los procedimientos naturales del arte del sentimiento y la palabra, empeñada en una estéril rivalidad con las que tienen el dominio del plástico; pero que para mí vale tanto como cualquier otra forma ó inspiración de poesía, siempre que la luz transfiguradora del bello, que hace chispear la lágrima cristalizada por el arte, se refleje también en el relieve de la línea ó sobre la mancha del color.

Desiembra V. de su descripción la ampulosidad, la vaguedad, ama V. el detalle, y sabe bien que aún en los más humildes y desolados rincones de la naturaleza hay siempre una inspiración segura para quien

acierta a rasgar la corteza vulgar y prosaica de las cosas, con la mirada en que va un rayo del sentimiento y la mente del artista.

Ya emule el verso el cromatismo del pincel, como en la descripción animada y resplandeciente de «Colores»; ya sea su tema, como en «La Mancha»—que ganaría con la corrección de cierto abandono prosaico del estilo—un juego de niños ingenua y sencillamente poetizado; ya tome el escenario de la calle, como en la composición intitulada «De paso», una escena tosca y plebeya, ó bien traduzca, como en los «Croquis de viaje», donde noto rasgos tan agradablemente superficiales y graciosos como el de *Bulle*, al idioma del poeta las impresiones del turista, prevalece constantemente en las descripciones de V. el mismo amor por lo sencillo y lo gráfico.

Su manera de descripción me recuerda la del más meridional y colorista de los actuales poetas españoles, el lirismo pictórico de Ruëda, a cuya feliz evocación parece haber rejuvenecido la genialidad de la vieja lírica andaluza, armonizada con las influencias del moderno prurito literario de pintar.

Singularmente en composiciones del género de *El Tren*, *La Siesta*, *La Faena* y *La Lluvia*, percibo esa semejanza, y me parece que la nota vivaz y luminosa del pincel que coloreó los «Cantos de la Vendimia» y la «Sinfonía Nacional» imprime vida y carácter a sus cuadros.

Así como domina, según lo he notado ya, en sus descripciones, el anhelo de desentrañar y revelar la íntima poesía de lo que parece más esencialmente prosaico a la mirada del vulgo, es frecuente y característico en sus composiciones de sentimiento personal la preocupación de detener el vuelo rápido de los pequeños acontecimientos de cada hora, de las pasajeras emociones, de los leves recuerdos, de los episodios fugaces, aparentemente baladíes, pero que en la historia del alma dejan su huella y van labrando el cauce por donde acaso ha de precipitarse imperiosa é irresistible la pasión, a semejanza de los obreros humildes, los esfuerzos oscuros y las acciones ignoradas que preparan desde la sombra, en la historia de la especie, los solemnes acontecimientos y las grandes transformaciones.

¿Triunfa V. siempre? ¿Escolla V. alguna vez en la dificultad, propia del género, de comunicar valor de emoción universal, valor humano, al lirismo que expresa la emoción individual?

Aunque en presencia de ciertas páginas del libro hubiera de ser negativa la respuesta, V. lo compensaría sobradamente, ante la crítica más cruel, con sólo exhibir el idilio que se titula «Adolescentes» y que es, en mi sentir, lo más inspirado y hermoso de su obra.

Podría afirmarse que todas sus calidades de paisajista delicado y todas sus dotes de poeta de suave sentimiento han llegado en esa composición a la más perfecta y admirable armonía, refundiendo en una sola y dichosa inspiración que acaso immortaliza un recuerdo melancólicamente acariciado en la intimidad de su memoria, lo más selecto, lo más hermoso, lo más puro, que ambas

excelencias de su espíritu pudieren dar de sí.

Todo, en esa composición, me es singularmente grato: la ingenuidad del sentimiento, la poética naturalidad de la expresión, hasta la forma métrica, el serventesio sencillo y elegante, que Campoamor substituyó con excelente acuerdo á la estrofa tradicional de la epopeya en el *Drama Universal* y que es hoy, en poesía americana, copa de fervido y brillante lirismo en manos del gran poeta de Méjico, autor de *Gloria* y de *Sursun*.

Hace ya tiempo que cuento esa que considero mejor de sus composiciones, en el número de las que me son excepcionalmente queridas; y al agradecer á V. por esta carta el galante envío de su obra, se me ofrece la ocasión agradable de trasmitirle el testimonio de esa predilección.

Llego á las páginas que dedica V. á sus traducciones de selectos versos franceses y, que despiertan en mí tanto interés como las anteriores.

Hay quienes conceptúan la traducción labor servil ó por lo menos, secundaria; hay quienes la identifican con las más nobles manifestaciones de la producción. En cuanto á mí, las traducciones poéticas me parecen cosa tan árdua é insegura como el acto de pasar de un pomo á otro la esencia etérea, sutilísima.—Esta mi idea de su dificultad ha resistido, muchas veces, á la lectura de las que llevan la firma de D. Juan Valera, de Teodoro Llórente, de Bonalde. Si *La Prière pour tous* no hubiera sido traducida al español por Andrés Bello, apenas creería en traducciones.

Traigo ahora á cuenta esta meticulosidad, ó, si V. quiere, extravagancia de mi gusto, para realzar la significación del aplauso que debo á V. al llegar á esta parte de su obra, y dar idea de la admiración que me merece el exquisito sentimiento con que ha interpretado V. la melodía arrobadora de la *Lucia* de Musset.—El íntimo perfume, la fidelidad del espíritu, me parecían en esa composición verdaderamente irreprochables, y si á ellos se redujeran las buenas condiciones de la traducción, yo la tendría por modelo. ¡Qué lástima que inoportunas asonancias vuelvan la forma defectuosa!

Ha tentado también á sus anhelos de refundir por la traducción, en el propio espíritu, las concepciones bellas de los otros, el soneto triunfal con que el insigne americano de quien puede decirse que ha hecho resplandecer la magnificencia y la juventud del Nuevo Mundo en el cenáculo de Gautier y de Banville, cantó á la banda aventurera á cuyos ojos ávidos se levantaron una vez, en el confín del horizonte, las estrellas desconocidas que hoy fulguran sobre la libertad y la civilización de nuestra América.

Bien sabe V. que no ha llegado el primero al pie de ese bajo relieve de bronce, esculpido por mano á un tiempo delicada y atética, para apoderarse de su imagen y labrarla de nuevo, con el cincel de nuestra habla española, á la que el tema de aquel fragmento épico parece adaptarse como á su forma natural.—Miguel Antonio Caro ha traducido *Los Conquistadores*, y la lectura de una nueva versión se asocia inevitablemente en nuestro espíritu al recuerdo de tan formidable pre-

cedente.—Pero la tentativa de V. no significa, después de la de Caro, una obra inútil, porque está inspirada en muy distinta inteligencia de la traducción.—El clásico de Colombia, además de traducir el soneto, lo ha españolizado. Impera en sus «Conquistadores», antes el estilo del traductor que el del propio poeta, y es su soneto de la casta de los que salieron de manos de los Góngora, de los Jáuregui, de los Arguijo. Considerado independientemente del original, es, sobre toda duda, soberbio; apreciado en su calidad de traducción, *deja bastante que desear.—V. en cambio, prefiere el endecasílabo que lleva el sello poético de nuestra raza, y á la soltura concedida, en el procedimiento de interpretación, al voluntario vuelo de que hablaba, á propósito de las imitaciones de los clásicos, Bartolomé de Argensola, la estricta sujeción al metro y á la letra, y sus alejandrinos castellanos, calcados casi uno por uno en los del soneto original, son el traslado fidelísimo del pensamiento y las palabras del autor de *Trofeos*. Las traducciones de «La tumba del conquistador» y la «Fuente de juventud» del mismo Heredia, armonizan cumplidamente con la belleza de la que he comentado.

Ha elegido V., en el acervo de otros poetas, y ha acertado á darles también una fiel y brillante interpretación, la fresca y primaveral poesía de la «Aurora» de Hugo; el dejo melancólico de los «Remordimientos» de Bourget; la imagen soberbia del «Albatros», con que el maestro de las *Flores del mal* simbolizó la ineptitud divina de los poetas en la prosa del mundo; la severa reconvención de Sully Prudhomme ante la frívola vanidad del tiempo perdido; y la canción de Richepin, la balada del corazón de la madre muerta, que es de veras un corazon que va goteando sangre. . . .

Habla tan alto la selección de los originales en pro del acierto de su gusto, como en favor de sus condiciones para esta producción refleja de poesía la felicidad del desempeño.

En cambio, ¿me permitirá V. confesarle que cuando leo su traducción de *El Soneto* de Soulay, no me parece que esa travesura, tan ingeniosamente expresada por el poeta, de la idea rebelde y esquiva á las solicitudes tenaces de la forma, haya sido dominada esta vez por su habilidad de rimador?

Pero no prolongaré por más tiempo la ya impertinente prolijidad de este comentario. Me olvido de que escribo una carta y no una crítica. Sírvanme de disculpa el interés y el halago del tema sobre que he departido con V. y mi afición al estudio de los poetas.

Tratándose de los elegidos para hablarlos en el lenguaje natural de las cosas bellas á los que formamos en el rebaño obscuro de la prosa, yo no concibo la crítica sino como un homenaje tributado á la superioridad jerárquica de los que crean sobre los que analizan. En vano voces que parten á toda hora del clamor bárbaro y plebeyo, pero que suelen descender también de las alturas, niegan y desconocen la razón de esa superioridad. Ustedes ríen de los augures que profetizan la ruina inevitable de la ciudad de que son dueños; ustedes imperan,

eternamente vencedores! Hace apenas dos lustros, bajo los auspicios de una escuela que ambicionó dictar la fórmula última y definitiva al arte moderno, proclamaba la soberbia de la prosa, una vez más, que el secreto del porvenir era exclusivamente suyo. Entre tanto, nuevas escuelas se han alzado sobre la decadencia de la que confiaba la poesía a los dominios de un recuerdo glorioso, ella ha recatado á su favor gran parte de su imperio, y hoy va pasando de moda el saludarla con el adiós melancólico de Shakespeare á la reina de los tristes destinos!

JOSE E. RODÓ.

ESTUDIOS LITERARIOS

Edmundo y Julio de Goncourt

(Véase el número 20 de esta REVISTA)

IV

LA OBRA

§ 6

Un erudito crítico francés, tan ferviente admirador de la literatura del siglo de oro de su patria como es enemigo de la contemporánea, declaraba, hace ya tiempo, en uno de sus más fulminantes trabajos publicado en la clásica *Revue des Deux-Mondes* que la «literatura personal»—según su terminología—era y es una verdadera calamidad artística y que los escritores que se dedican á escribir *Memorias, Diarios y Confesiones* no hacen otra cosa que sentar plaza de inmodestos y de pedantes, fastidiando á par á sus lectores con recuerdos, apuntes y narraciones que á estos les son perfectamente indiferentes. Y agregaba, con ademán airado y gesto olímpico, que dicho género de literatura tiene «mucho de incivil», con lo que pretendía indicar que «no solamente él va contra el objeto de la literatura, sino contra el mismísimo de la sociedad.» Todo lo cual puede sintetizarse en esta tirada de Malebranche, autor del credo de Brunetière: «Es necesario notar que todos los particulares que componen las sociedades no quieren de manera alguna que se les mire como la última partícula del cuerpo al cual pertenecen. Así es que los que se alaban colocándose encima de los otros, mirándolos como las últimas partes de su sociedad y considerándose á sí mismos como los principales y los más honorables, se hacen odiosos á todo el mundo.»

Esta catilinaria de Malebranche enderezada á su compatriota Montaigne, le viene de perlas al terrible crítico de la *Revue des Deux-Mondes*, que trina y se enfurece contra Amiel, María Baskirchiff, Julio Vallés y los hermanos Goncourt, reos del delito *ultra supra* mencionado.—Analicemos despacio la cuestión, ya que en este parágrafo le ha llegado el turno al *Diario* de los artistas que vengo estudiando.

Es indudable que el punto de vista desde el cual el autor de *Le roman naturaliste* examina la cuestión es completamente con-